



DIÓCESIS DE CABIMAS

*Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín*

Obispo

**Homilía de Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín, en  
ocasión de la Solemnidad de Nuestra Señora del Rosario,  
Santa Iglesia Catedral de Cabimas.**

07/X/2022.

***“Sean fuertes y valientes.  
No teman ni se asusten,  
pues el Señor su Dios siempre los acompañará;  
nunca los dejará ni los abandonará” (Dt 31,6).***

Con estas palabras que dirigió el Señor al pueblo de Israel, inicio esta homilía, en esta fecha, en la que celebramos la solemnidad de Nuestra Señora del Rosario, patrona de este municipio y de la Diócesis que abarca toda la Costa Oriental del Lago, y hoy representados aquí por el Señor alcalde, su señora esposa y su tren ejecutivo, y los sacerdotes que atienden las parroquias: les saludo de un modo especial. Aprovecho la ocasión para manifestarle a la Primera Autoridad del Municipio Cabimas, Dr. Nabil Maalouf, mi reconocimiento y gratitud por haber declarado el 07 de octubre como “día de júbilo y exaltación no laborable” para que el noble pueblo de Cabimas pueda participar en las actividades dedicadas a honrar a la Madre del Señor, Nuestra Señora del Rosario: en este día muchos Cabimeros dirigen a su Santa Patrona sus alabanzas y peticiones. Este tipo de iniciativas exalta el sentimiento religioso de nuestra gente. ¡Gracias, señor alcalde!

Queridos hermanos, después de dos años de pandemia, podemos celebrar juntos esta fiesta, que es motivo de unión y alegría para todos. Pediremos, especialmente, por todos los que han muerto, por los que se encuentran en el extranjero, por nuestras necesidades particulares. Pediremos, también, por el inicio del ministerio sacerdotal del Padre Jorge Pérez Tobila en esta Iglesia, estamos seguros que, como buen cabimero, cuidará celosamente sus dos grandes devociones: Nuestra Señora del Rosario y San Benito de Palermo. ¡Un gran reto!

Está orden que recibió el pueblo de Israel: “*Sé valiente y ten ánimo; no tiembles ni tengas miedo; El Señor tu Dios está contigo adonde quiera que tú vayas*” (Jos 1,9), ahora más que nunca, en este tiempo de tantas adversidades, nosotros, como el nuevo pueblo de Dios, debemos cumplirla, así como hizo la Santísima Virgen María, en su camino de fe.

La Iglesia, en las fiestas patronales de un santo, nos invita a conocer la vida del santo, a invocarlo y a imitar sus virtudes. Y una de las virtudes que la Virgen vivió en grado heroico fue la virtud de la fortaleza, sobre la cual quiero transmitirles unas reflexiones.

¿Qué significa para nosotros la palabra fortaleza, la palabra fuerte?

Significa energía, valor, consistencia. Es la virtud que robustece el ánimo frente a todo peligro o adversidad, que proviene de querer hacer el bien o rechazar el mal, sobre todo frente a la muerte. Los sinónimos de la palabra fortaleza son vigor, energía, fuerza, robustez, vitalidad, dureza, resistencia, ánimo, brío, garra, potencia. Y los antónimos: debilidad, abatimiento, flaqueza.

Y, en este sentido, podemos definir a María, como mujer fuerte. Si leemos detenidamente las Sagradas Escrituras nos daremos cuenta que la vida de la Virgen no fue fácil, se vio amenazada por muchas situaciones difíciles, las cuales enfrentó con reciedumbre de ánimo.

Desde que María pronunció las palabras “*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*”, Ella comenzó a transitar por un camino lleno de espinas y fue sostenida por la virtud de la fortaleza.

Luego del nacimiento de Jesús, 40 días después, cuando presentó a su Hijo en el Templo, escuchó la profecía de Simeón: “*una espada te atravesará el corazón*” (Lc 2,22), que, de alguna manera, profetizaba el dolor inmenso que sufriría en el Calvario.

María vivió el exilio, cuando huyó a Egipto (Mt 2,13) porque corría peligro la vida de Jesús... y tuvo que soportar las noticias de cuántos niños de sus amigas habían sido asesinados, por los caprichos del rey Herodes, que padecía manía persecutoria.

Cuando Jesús cumplió 12 años, en una de las tantas celebraciones, en las cuales debía participar, se pierde en el templo, y la Virgen le dice:

*“Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!” (Lc 2,41).*

Y cuando se cumplió la hora, cuando llegó el momento en que Jesús sufrió y murió por nosotros, María nunca se apartó de su Hijo, sufrió con Él, lo consoló con su mirada y presencia, y permaneció “de pie”, desgarrada por el dolor, llorando... pero, a la vez, fuerte y grande, supo estar a la altura de lo que estaba acaeciando.

Queridos hermanos, imaginémonos en este momento, a María avanzar al lado de Jesús, camino al calvario, ver cuando crucifican a Jesús en la Cruz, y lo elevan; cuando dice sus últimas palabras, cuando le colocan el cuerpo ya sin vida en sus manos. ¡Tanto sufrimiento, dolor, angustia, zozobra... pero también tanta entereza, fortaleza y muestra de fe!

Eso significa ser fuerte. Santo Tomás de Aquino nos enseña que la virtud de la fortaleza se encuentra en la persona que está dispuesta a afrontar los peligros y a soportar las adversidades por una causa justa, por la verdad, por la justicia.

La virtud de la fortaleza requiere siempre una cierta superación de la fragilidad humana y, sobre todo, del miedo. Porque el ser humano teme por naturaleza el peligro, los problemas y los sufrimientos. El miedo puede carcomer el valor a quien vive en clima de amenaza, opresión o persecución.

A la virtud de la fortaleza se opone el temor desordenado, la cobardía, el apocamiento de ánimo, la flojera natural, la comodidad, que nos impulsan a huir del sacrificio y el dolor.

Un sociólogo, describió nuestra época con la metáfora de la liquidez. Según él, hemos pasado de una sociedad moderna que buscaba la solidez en los grandes principios y en las grandes causas, a una sociedad posmoderna que es líquida y antojadiza. Todo esto, trae la desintegración de las vidas, la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista, de relaciones transitorias en las que no se mantienen ni la lealtad ni el compromiso adquirido. Tiempos líquidos, sociedad líquida, amor líquido, que desembocan en un hombre líquido sin consistencia, sin estructura, sin compromiso. Es decir, en una persona floja que se amolda a las exigencias del mundo, que huye de todo sacrificio y es esencialmente pusilánime, mediocre, temeroso.

Todo esto contraría el mensaje cristiano, que nos llama a alcanzar la perfección de la vida cristiana, que es la santidad; nos exige olvidarse de sí mismo y a dar la vida; nos llama a tener ambiciones grandes, ideales nobles, pues el Señor no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de valentía.

Hoy, en el marco de esta tan significativa celebración, el seminarista Yorman Yory, quien se está formando en el Seminario para configurar su vida con Cristo sacerdote, como parte de su camino hacia el ministerio sagrado, recibirá la Admisión a las Sagradas Órdenes, que lo acerca a lo que para él sería su sendero hacia la santidad: el Sacramento del Orden. Querido Yorman, el sacerdocio de Cristo, para el que te estás preparando, no está excluido de dificultades y grandes exigencias, estas serán para ti, parte del camino hacia la perfección cristiana. La Iglesia apuesta por ti, y te va confiando cada día más. Vive siempre en fidelidad al Señor, y Él hará grandes prodigios en tu vida.

Así mismo, todos estamos llamados, desde nuestro propio estilo de vida, a una vida de perfección, de santidad. Aunque durante estos 2 últimos años de pandemia, hemos podido experimentar momentos de fortaleza y momentos de debilidad. En muchas ocasiones, se evidenció nuestra fragilidad, a lo mejor nos costó mantener el equilibrio emocional; fuimos endebles y, muchas veces, para ser apoyo y baluarte para otros, tuvimos que demostrar exteriormente que éramos fuertes, aunque por dentro temblábamos de miedo.

En esta fiesta de la Virgen, el Señor nos vuelve a decir *“Permanezcan firmes en la fe, sean valientes y fuertes” (1 Corintios 16, 13-14)*, *“cobren ánimo y ármense de valor” (Salmo 31, 24)*, *sé valiente y ten ánimo; no tiembles ni tengas miedo; Yahvé tu Dios está contigo adonde quiera que tú vayas” (Jos 1,9)*.

Queridos hermanos, cada uno de nosotros podemos decir *“he nacido para cosas más grandes”*. *“Sueñen, y quedarán cortos”* de todo lo que podemos hacer, dijo un santo.

Que no se repita en nosotros lo que le pasó a un águila. Una leyenda antigua cuenta cómo un indio encontró un huevo de águila y lo cambió a un nido de gallina clueca. El aguilucho salió del cascarón con la pollada y creció junto con las gallinas. Toda su vida, el águila cambiada - pensando que era una gallina- hizo todo lo que hacían las gallinas.

Escarbaba la tierra buscando semillas, excrementos o insectos para comer. Cacareaba y cloqueaba. Y volaba a unos palmos del suelo, en tramos de pocos metros. Después de todo, así es como deben volar las gallinas.

Pasaron los años, y el águila cambiada envejeció. Un día vio un magnífico pájaro, a gran altura en un cielo completamente despejado. Sostenido por las poderosas corrientes de viento, de aspecto majestuoso, se elevaba con imperceptibles movimientos de sus doradas y fuertes alas.

«¡Qué hermoso pájaro!» dijo el águila cambiada a su vecino. «¿Qué es?»

«Es un águila, la reina de los pájaros», respondió el vecino. «Pero ni lo pienses. Nunca podrías ser como ella.»

Y el águila cambiada no volvió a pensar en ello. Y murió creyendo que era una gallina. Es muy fácil vivir toda la vida pensando que somos gallinas, cuando en realidad somos águilas.

Queridos hermanos, hemos nacido para cosas grandes. Dios, tu familia, esperan que seas fuerte, que te realices plenamente.

Así lo hizo María, la bendita entre todas las mujeres, en quien “Dios hizo grandes maravillas”, porque nunca le negó nada a Dios; afrontó, con firmeza y decisión, todas dificultades, esperó contra toda esperanza y nos dio ese gran ejemplo a seguir.

Ante su reliquia, le pedimos a la Virgen:

**"Bendíceme, madre y ruega por mí sin cesar.  
Aleja de mí, hoy y siempre el pecado.  
Si tropiezo, tiende tu mano hacia mí.  
Si cien veces caigo, cien veces levántame.  
Si yo te olvido, tú no te olvides de mí.  
Si me dejas Madre ¿Qué será de mí?  
En los peligros del mundo asísteme.  
Quiero vivir y morir bajo tu manto.  
Quiero que mi vida te haga sonreír.  
Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía.  
Y al fin, sal a recibirme y llévame junto a ti.  
Tu bendición me acompañe hoy y siempre.**

*Amén”*

+ *Ángel Caraballo*  
† Ángel Francisco Caraballo Fermin  
Obispo de Cabimas

The seal is circular with a double-line border. The outer ring contains the text "MONS. ANGEL FRANCISCO CARABALLO FERMIN" at the top and "OBISPO DE CABIMAS" at the bottom, separated by small crosses. The inner circle features a central shield with a heart, a cross, and other heraldic symbols, topped with a mitre and flanked by two tassels.

Prot. 2022/151